

Chile, sin Adjetivos

EL periodismo de nuestros días, historia de una época transida de dramas donde tan pronto se abate el hombre hasta sus ínfimos niveles como se empeña por alzarse con la fuerza del espíritu, no puede ya limitarse a su trascendental función de servir de correa transmisora entre los hechos y el público. Ni siquiera puede avenirse a aportar las interpretaciones y análisis que requiere el desentrañamiento de los hechos, y el juicio que los ubique en el devenir del hombre.

Tarea profunda, esencialmente humana, el periodismo tiene que dar cuenta de lo que, esencial, profundamente, preocupa al hombre. Tiene que estar presente allí donde está en debate lo que el hombre es. Tiene que ser testimonio vivo, directo, de la miseria y de la grandeza del género humano. De allí que EXCELSIOR proporcione, con documentos objetivos, fehacientes, un panorama de lo que hoy sucede en la República de Chile.

Un reportero de esta casa, Manuel Mejido, atestiguó la caída del gobierno de la Unidad Popular y el curso inmediato del golpe del 11 de septiembre de 1973. Medio año más tarde, el director general de EXCELSIOR, señor Julio Scherer García, cumple una tarea que se entraña en el sentido humanista que este diario quiere conferir a sus labores. Ha recogido constancias documentales de la intensidad con que ha ocurrido la represión política en Chile, de los abismos sin fondo a que conduce la degradación manifiesta en las torturas vesánicas y aberrantes.

La información recogida por el director general de este diario, publicada ayer y hoy y la que se dará a conocer en los días que siguen, logra presentar una imagen objetiva del comportamiento del gobierno militar hacia quienes, supuesta o realmente, tuvieron alguna responsabilidad política en el depuesto régimen del Presidente Salvador Allende. Allí aparece Chile, sin adjetivos, con la terrible sustantividad de los hechos.

Debe subrayarse el origen y la naturaleza del primer documento sobre la situación chilena aportado por EXCELSIOR. Obtenido por arbitrios legítimos fue preparado por el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, un grupo interconfesional que ha experimentado la necesidad de luchar con los medios legales a su alcance, por preservar la vida y la integridad de los perseguidos políticos, así como de reunir evidencias relacionadas con el tratamiento impuesto por el régimen militar a los detenidos.

El documento tiene una fuerza probatoria que se impone por sí misma. Es de sorprender que en medio del rigor represivo que siguió a la infidencia militar los miembros del Comité hayan podido reunir verificaciones sólidas de tantos hechos. Ya se sabe que a un gobierno autoritario se le puede acusar de vulnerar los derechos humanos, pero no de torpeza para dejar constancia de ello. Y sin embargo, ha sido posible obtenerlas.

Tras de la aparente frialdad que campea en el documento, corre una sensación de angustia, por el destino del hombre, de los hombres concretos que en Chile sufren persecución injusta. Angustia al conocer el refinamiento y la degradación simultáneamente necesarios para hacer de la tortura el principal medio de investigación y castigo. Angustia que se agrega a la repugnancia ante las innovaciones vejatorias y al desaliento producido por el uso renovado de una antigua tecnología de la barbarie.

La prisión y aun la muerte son hechos que empalidecen ante la tortura, que degrada al verdugo y a la víctima. A aquel de manera irremisible y total; a ésta, en cambio, con un rebajamiento físico que tiene su contrapartida en el ascenso espiritual que deja en el ánimo el sufrimiento admitido en función de una idea.

Las evidencias publicadas por EXCELSIOR convalidan lo que no ignoran quienes en todo el mundo se niegan a perder su dimensión humana: que el poder chileno, carente desde siempre de la legitimidad jurídica se aleja cada día de la legitimidad moral.